

futura turbase ó contuviese la sensación; todo se hallaba perfectamente determinado en su vida: la parte de Pablo, la de Desforges y la de Renato, que la adoraba como un ídolo, y cuyas caricias no estaban como las del Barón, contadas, pesadas y selladas; caricias nuevas que no eran monótonas como las de Pablo; ardientes como de veinticinco años, que no da, sino que prodiga; frescas y llenas de poesía, regalo exquisito que le costaba esfuerzo grande abandonar. Pero llegaba el medio día y era preciso partir. Él se quedaba allí en el misterioso asilo de sus amores; Malvina le servía el almuerzo, y se marchaba entre dos luces, atravesando todo París, para llegar á la calle de Coëtlogon, presa de una divina laxitud en que se resumían y desvanecían todas las emociones de su vida.

XV

LOS ODIOS DE COLETTE

Hacia ya cerca de dos meses que duraba esa vida monótona y tan dulce, y sin otros acontecimientos que el pesar de la última caricia y la esperanza de la próxima, cuando una mañana, en el momento que Renato salía de su casa para ir en busca de Susana, le entregó una carta Francisca, cuya letra le impresionó. Era de Claudio Larcher. Por Fernando sabía que el escritor había residido en Florencia y después en Pisa, á cuyos dos puntos le escribió á la lista sin respuesta. El sello de la carta le reveló que Claudio se hallaba al presente en Venecia. Con singular curiosidad rompió el sobre y leyó las páginas que siguen, andando por las tranquilas calles del barrio de San Germán, que le llevaban hacia el Sena, una mañana de primavera tan fresca y luminosa como su propio amor.

«Venecia, palacio Dario, Abril 79.

»Escribo á usted, querido Renato, desde su Venecia, de esta Venecia de donde usted

ha evocado la cruel imagen de Celia, el dulce perfil de Beatriz, y como la hechicera Venecia es siempre la patria de lo inverosímil, la ciudad de las ondinas, que en este extremo del Oriente se llaman sirenas, he descubierto aquí un cuartito amueblado en el palacio más mono, sobre el Gran Canal, como lord Byron; un *palazzino* con medallones de mármol en su fachada, todo historiado, bordado, cincelado é inclinado de un ángulo, como yo en mis días malos. Mientras me ocupo en garrapatear á usted esta carta, siento el agua de este Gran Canal debajo de mis ventanas y á mi alrededor la paz de esta ciudad—*la Cora Pearl* del Adriático, que diría un zarzuelista—en que se disfruta de un soñador silencio. ¡Ay, amigo mío! ¿Por qué no he podido desprenderme, al venir aquí, de mi corazón de escritor enfermo, de este corazón inquieto que siento gemir y golpear aún más fuerte en este suave silencio? Sabrá usted que hace dos horas que acabo de almorzar en una mesita del Florián, bajo los arcos; que después he ido á San Giorgio in Bragora á contemplar un Cima divino; que debo comer esta tarde con dos descendientes de los Dogos, bellas como mujeres del Veronés; y unos rusos tan divertidos como el Korazof de nuestro amigo Beyle, y que en vez de sentirme alegre, he venido á ver Su Re-

trato, con S y P mayúsculas, el retrato de Colette. Renato, Renato, ¿por qué no me encuentro muellemente sentado en mi butaca de orquesta del Teatro Francés, viéndola representar la Camila de *On ne badine pas avec l'amour*, pieza lindísima, tan amarga como el *Adolfo*, y que ella dice como si fuera música de Mozart? ¿Se acuerda usted de su sonrisa atravesada y de cómo movía graciosamente su rubia cabeza para exclamar: «¿Pero estáis seguro de que todo miente en la mujer cuando su lengua miente?» ¿Se acuerda usted de Perdicán y de estas palabras: «Orgullo, el más fatal de los consejeros humanos, ¿qué vienes á hacer entre esta mujer y yo?» Pues estas pocas frases constituyen toda mi historia, toda nuestra historia. Sólo que yo era el verdadero Perdicán de la comedia, con esta fuente de ideal y de amor en el fondo del alma, siempre brotando, no obstante la experiencia, siempre pura, á pesar de tantas faltas... y ella, mi Camila, había sido mancillada al punto de no poder lavar sus vergüenzas. ¡Cómo ha martirizado la vida esa flor, y qué olor de muerte he sentido al respirarla!

»Pero no es para referir á usted estas cosas para lo que escribo delante de mi balcón, y á través de cuyas columnitas veo pasar las góndolas, que resbalan y se inclinan, y van y

vuelven tan coquetamente esbeltas y fúnebres. Si cada uno de estos ataúdes flotantes arrastrase uno de mis sueños diferentes, formarían una interminable procesión sobre este agua tan triste. ¿Por qué no soy acuafortista? Si lo fuera, ya sé yo qué macabra grabaría: la huida de las negras barcas en el crepúsculo, sus blancos esqueletos por gondoleros en la proa y en la popa, remando tiesos por cerca de unos palacios arruinados. Debajo trazaría estas líneas: «Así es mi corazón.» Después de una juventud más pisoteada que los racimos de las uvas, y tan miserable como la mía; cuando apenas salía de la esclavitud del oficio, esa otra esclavitud del amor me recoge, pero de ese amor fundado en el odio y el desprecio. ¿Quién me hubiera dicho en aquella tarde de Julio que dió principio á mi locura, que me encontraba en una de las horas más solemnes de mi vida? Había yo trabajado mucho toda la mañana y comido solo; fui á respirar un poco, y me paseaba con mi bastón y mi *spleen* mirando á los transeúntes y á las transeúntes, sin más objeto que esperar las diez. ¿Qué invisible demonio me arrastró hacia la Comedia? ¿Por qué entré en el escenario, á que no había venido hacía meses, para saludar al viejo Farguet, que me importaba tanto como mi primer artículo? ¿Por qué es-

tuve en este escenario decididor y gracioso como en mis mejores tiempos, yo, que permanecía en las mesas del gran mundo que frecuentaba tan mudo como los pescados á la *Chambud* del *menú*? ¿Por qué Colette estaba allí en aquel precioso traje de las jóvenes del antiguo repertorio? Representaba la Rosina del *Barbero*: «Cuando en la llanura...» Fui á la sala á oírla decir la frase; pero ¿por qué me miró mientras cantaba, tan conmovida que no me atrevía á comprender? ¿Por qué tenía aquella boca, aquellos ojos, aquel perfil y aquel rostro donde podía leerse el dolor de una *Psiquis* atormentada por los sentidos? ¡Cuánto la he amado desde ese día, y cuánto me ha amado ella! No hubo lucha y vencí á la segunda vez que nos veíamos. ¿No es verdad que he sido un necio al creer en la fidelidad de una mujer que no resiste? Debía aceptarla como se presentaba, y pensar que las mujeres son para los demás, las mismas que para nosotros.

»Pero dejemos este camino, mi buen Renato, porque veo el poste indicador y leo en él: «Camino de la desesperación.» Una mañana de estío nos paseábamos desde Moret á Maslotte en un carrujillo con un caballo negro que se llamaba *Cerbero*, y su cola de zorra le pegaba en la frente; mi Colette á mi

lado... ¿Pero en qué sitio no habrá testigos de nuestro amor? Sí, abandonemos este camino y vamos al hecho, que debo á usted la explicación de mi silencio á las varias cartas que ha tenido la bondad de dirigirme.

»Cuando dejé á ustedes en la calle de Coëtlogon, con rumbo á Italia, esto parece música, quería convencerme de si podría pasarme sin ella; pues bien, la prueba está hecha... y deshecha, porque me es imposible, aunque he luchado con toda clase de argumentos, jurando que no volvería á acordarme; pero al cuarto de hora, á la media hora, la veo, y aquellos ojos, y aquella boca, y sus gestos que sólo son de ella, y entonces me paro donde quiera que me encuentre, desfallezco, y una finísima aguja me traspasa el corazón. ¿Creerá usted que he tenido que marcharme de Florencia porque me quedaba extático contemplando en los Oficios el cuadro de Botticelli la *Madona incoronata*, cuya fotografía ha visto usted en mi casa? En este lienzo, el ángel de la derecha es ella, con su mirada, mirada que me obligaba á compadecerla, cuando lo que debía hacer era matarla. De Florencia fui á Pisa, la ciudad muerta, cuyo taciturno dolor ya conocía; con su plaza en que se levantan la cúpula, el baptisterio y el campanario; con su muro de cementerio y

sus ruinas de murallas almenadas, y la playa del Gombo á dos horas de camino, estéril y arenosa entre los pinos, y el Arno amarillento, con su lentitud de cansancio. Mi cuarto daba á este río melancólico, pero en pleno mediodía, templado y claro. Allí llegué movido por un gran proyecto que trajo á mi memoria la máxima del gran Goethe: «Poesía es libertad...» Ensayemos, me dije, y prometí no salir de Pisa hasta no haber convertido el amor en literatura, porque haciendo de mis lágrimas burbujas de jabón, tal vez no derramaría otras nuevas; y las burbujas se inflaron en una novela que titulé *Análisis*, que habrá usted leído en la *Revista Parisiën*, y la tengo por mi mejor obra. En ella va la historia completa del asunto, hasta mis celos por las Safos.—Colette y yo hemos sufrido mucho.— Pero yo pensaba que había merecido la paz al pisotear el ídolo de otras veces y mi propio pasado. Y sin embargo, en el instante en que el manuscrito fué al correo, envié una carta á Colette pidiéndole me perdonara. Sí, he mojado la pluma en mi llaga para que la sangre me sirviera de tinta, y he conseguido envenenar aún más la llaga, y sólo curaré con el tiempo, si me curo. Y después de todo, ¿para qué curar?

»He sido altanero, ya no lo soy; he luchado

contra esta vil pasión, ya no lucho. Si yo tuviese un cáncer en la mejilla, ¿me avergonzaría? Pues lo tengo en el alma, y eso es todo; me dejo comer por él y no resisto. Pero sigamos la historia. Colette no contestó á mi carta; verdad es que después de mi conducta no había de darme las gracias. Como empecé á rebajarme escribiéndola, continué y hasta llegué á sentir un placer desconocido en degradarme por ella y poner á sus pies mi dignidad de hombre y de artista; por eso la dirigí una segunda y una tercera, y otra carta más. Se publicó la novela y volví á escribirle humillándome al último extremo para que lo enseñara á Salvaney, á la repugnante Alina, y decirles: «Me abandona y me insulta; ¡cómo me adora!» Pero no; usted no la conoce, Renato; es muy orgullosa en medio de sus defectos, y por esta razón, suponiendo lo que ha debido parecerle la novela, no me atrevo á ir; pero como á la vez yo no puedo vivir sin ella, elijo á usted para que la vea, con tanto más motivo cuanto que sé que usted le gusta y le agradece el lindísimo papel del *Sigisbeo*, y porque sé también que le ha de creer cuando le asegure que me muero, y que tendrá piedad de mí. Digale usted, Renato, que no tema en lo sucesivo mi mal carácter, porque el Larcher sublevado ya no existe, sino un hombre

que lo tolerará todo, todo, ¿comprende usted? por hallarse á su lado. Estos meses de invierno de tan dura tristeza, son un verdadero paraíso ante el infierno de la ausencia. Si me considera usted buen amigo como me ha dicho, présteme usted tan señalado servicio; véala, enséñela esta carta, háblela usted, enternézcala; que me permita volver y que me perdone.

»Esperaré con ansiedad la contestación, y ya usted sabe cuánta pena puede soportar esta máquina de atormentarse á sí mismo que se llama su amigo

»C. L.»

«P. D. Hágame usted el favor de pasar por la oficina de la *Revista*, y mandarme cinco ejemplares de la novela que he colocado aquí.»

—¡Qué hombre éste! —dijo Renato después de haber leído la extravagante epístola en que se contenían los diversos elementos de la complicada personalidad de Claudio: —su gusto por lo artificial, la chanza al lado de los amargos sufrimientos; una sinceridad infantil con una susceptible vanidad de autor, sacrificio ingenuo de toda pretensión, el poder de conocerse y la impotencia para dirigirse.

—Iré esta misma tarde al *Teatro Francés* si

trabaja Colette;—y recorriendo el diario vió que sí. ¿Cómo me recibirá?

Y tan preocupado se hallaba de la entrevista y tan conmovido con las penas de su querido amigo, que no pudo dejar de confiar á Susana las inquietudes de su espíritu y aun de enseñarle la carta.

—¡Pobre diablo!—exclamó Susana al devolvérsela, y añadiendo como por casualidad:—¿De veras no habéis hablado nunca de mí?

—Sí, una vez á la ligera...—contestó Renato con cierta vacilación, por considerar que había sido indiscreción y falta de delicadeza aquella frase tan desdichada que fué causa del sarcasmo de Claudio, como se recordará.

—Segura estoy de que te ha contado algo malo de mí.

—No, por cierto—afirmó Renato, que conocía ya lo bastante la fisonomía de Susana para haber observado una expresión de ansiedad en sus pupilas.—¿Por qué esa desconfianza?

—¿Por qué? ¡Porque te amo tanto, Renato mío, y los hombres son tan perversos!

Y para destruir el efecto de sus anteriores frases, agregó:

—Que no dejes de ver á la Rigaud.

—Eso ¡ienso. ¿Y tú qué vas á hacerte esta noche?

—También iré al teatro; pero no al escenario. Mi marido me lleva al Gimnasio y estaremos completamente solos. ¿Me obligas á pensar en eso, sabiendo qué melancolía tan grande voy á sentir? Ámame mucho, tesoro mío, por el tiempo que no pasarás á mi lado amándome.

Aún tenía el poeta la cabeza llena de esta voz tan dulce como la más dulce música y el alma emocionada por tanta caricia, cuando á las nueve de aquella noche atravesó la puerta que conduce al escenario del *Teatro Francés*. Detúvose un momento contemplando la portería que fué estación en el calvario de Claudio, pues siempre que pasaba por allí y veía el buzón de las cartas dirigidas á Colette, indicaba á Renato su deseo de coger las cartas y abrirlas para conocer la verdad.

—¡Qué suerte es no conocer la horrible enfermedad de las sospechas!—pensó Renato mientras subía la escalera con cierta precipitación, para evitarse la tristeza que le causaba la vista de aquellos retratos de actores y actrices que ya no existen y que servían de adorno á la entrada del escenario, deseando encontrarse con algunos conocidos y estrechar algunas manos. Pero sólo halló dos artistas en traje de marqueses del tiempo de Luis XIV, que trataban de negocios de Estado. No se

preocuparon para nada del joven, y éste oyó que el uno, largo y amarillo como pensionista roído de bilis y envidia, decía al otro, rubicundo y repleto como canónigo:

—La desgracia de nuestro país está en que nadie se ocupa lo bastante de política...

—¡Qué lástima que no se encuentre Larcher aquí!—se dijo Renato, suponiendo lo que se hubiera divertido con la frase.

Recordólas visitas que habían hecho juntos á aquel sitio. Colette no andaba entre bastidores, y el poeta se decidió á buscarla en su cuarto, encima de cuya puerta estaba escrito el nombre. Llamó, bajo al principio, pero no le oyeron, sin duda porque hablaban; después más alto, y entonces le contestó que pasara una voz agria que reconoció, la misma que sabía dulcificarse para recitar:

Si les roses pouvaient nous rendre le baiser...

Abierta la puerta, se penetraba en una diminuta antecámara, que á su vez comunicaba con un diminuto tocador, y levantando Renato el portier de satén negro con figuras de oro, se encontró en la estrecha pieza cuya atmósfera hacían imposibles las lámparas y respiración de cinco personas, cinco hombres allí reunidos; dos de frac, que evidentemente eran gente de buena sociedad, y los otros tres

amigos de la artista, de una escala algo inferior. Uno de los personajes, elegantemente vestido, era Salvaney, que no conoció al poeta, y él y su compañero los únicos sentados en una *chaise-longue* tapizaba de antigua tela china rosa, procedente de Claudio, que había dirigido en los tiempos felices el adorno del cuarto, original y bien puesto. Colette se hallaba preparándose para salir á escena, en medio de estos cinco hombres, con los cabellos desarreglados y los brazos desnudos bajo unas anchas mangas del peinador azul muy claro y de tela finísima; delante de su tocador, verdadero arsenal de frascos de pomada, polvos de variados colores, alfileres llamados de tragedia, patas de liebre, los tintes rojos y los blancos, con sus esponjas y pinceles, todo un arsenal completo. La actriz veía quién entraba por el gran espejo colocado encima de la mesa; conoció al autor del *Sigisbeo* y se volvió á medias, enseñándole sus manos llenas de vaselina para excusar el no alargárselas, y le lanzó una mirada tal, que hizo comprender á Renato la prudencia de Claudio en no presentarse sin parlamentario.

—Buenas noches, amigo—dijo Colette;—eualquiera hubiera creído que se había usted muerto... veo en su cara de usted que solamente se trata de haber sido demasiado

feliz. . . Mañana hago el *Sigisbeo*... Siéntese, si tiene usted dónde.

Antes de que Renato contestara, ya estaba hablando con Salvaney.

—Después de todo, acepto... Venga usted por mí á medio día; allí encontrará usted á Alina, y nos iremos los tres á almorzar juntos antes de la visita.

Y una segunda mirada á Renato, después de haber hablado, con un mohín y una expresión de la crueldad más implacable. Bien claro aparecía el desafío á Claudio por medio de su amigo más íntimo, que repetiría la frase al amante celoso, á quien no olvidaba á pesar de la huida y de la afrenta. Cambió algunas banalidades con los demás visitantes, recomendando á uno de ellos, un pobre diablo por quien se interesaba, insistiendo con otros para que escribieran un artículo de reclamo en el periódico, volviendo á Salvaney para preguntarle por los detalles de las próximas carreras, hasta que, por fin, secándose las manos, se levantó exclamando:

—Y ahora, amigos míos, la presencia de ustedes me es muy agradable, pero...—y les señaló la puerta—necesito vestirme y hay que dejarme... No, usted no—dijo á Renato;—tengo que decirle dos palabras.

Cuando estuvieron solos, se colocó otra

vez delante del espejo, y pintándose los ojos, preguntó al poeta:

—¿Ha leído usted la infamia de Claudio?

—No; pero he recibido una carta suya y es el más desgraciado de los hombres.

—¿Conque no ha leído usted? Pues bien, lea usted y verá qué canalla tiene usted por amigo.

Y arrojando llamaradas de cólera por sus ojos, agrandados con las líneas negras, que ardían en su rostro enteramente blanco, gritó:

—¿Cree usted que está bien eso de insultar á una mujer? ¿Y qué es lo que yo le he hecho á ese caballero? Que no quiero obedecer como una esclava sus caprichos, ni romper con mis relaciones, ni llevar una vida de perro. ¿Soy, por acaso, su mujer? ¿Me mantenía él? ¿Le pedía yo cuenta de su conducta? Y aun cuando le hubiera dado motivos de queja, ¿era esa razón bastante para ir á contar al público todas las infamias que me atribuye? Es un canalla, un canalla y un canalla. Puede usted escribírselo así de parte mía, y añádale que el día que tropiece con él le cruzaré la cara; ya verá cómo esta bribona sabe vengarse... No, Melania—dijo á la doncella que entraba;—dentro de un cuarto de hora la llamaré á usted.

—Pero si no la amase á usted, no se desataria de ese modo contra usted. Es el dolor lo que le trastorna—contestó Renato, aprovechando la interrupción.

—Déjeme usted en paz con esas necesidades—repuso Colette otra vez con el pincel en la mano.—¿Es posible que todavía crea usted en el corazón de ese hombre? Ni aun es amigo de usted... Si le hubiera usted oído burlarse de los amores de usted, ya sabría á qué atenerse...

—¿De mis amores?—exclamó Renato estupefacto.

—Vamos, vamos, no se haga usted el admirado conmigo—y le sonrió con su sonrisa de demonio;—otra vez escoja usted más fiel confidente que su amigo Larcher.

—No la comprendo á usted; yo no le he hecho jamás confianza alguna.

—Entonces es él el que inventó que estaba usted enamorado de la de Moraines, la linda rubia, íntima del viejo Desforges. Eso completa á Claudio—añadió la cruel actriz con la mordaz ironía que le inspiraba la profunda herida de su amor propio.

El desdichado Claudio, que en sus momentos de ternura olvidaba siempre lo que pensaba de Colette en sus momentos lúcidos, la dijo sencillamente el día después de la visita

de Renato:—«¿Sabes que el pobre Vincy se ha enamorado?»—«¿De quién?», preguntó ella.—Y él le nombró á la de Moraines, cuya leyenda conocía por las referencias que traen los vividores á estos círculos, recogidas en los del gran mundo, sean ó no falsas.

Cuando Colette, que no podía dominarse, aludió á los amores de Renato con Susana, lo hizo por el solo gusto de difamar á Larcher, indisponiéndolo con su amigo; pero cuando se apercibió del efecto que sus frases causaron, insistió por afán de mortificar á una persona tan querida para Claudio, pues así algo se vengaba.

—Claudio no le ha dicho á usted semejante cosa; y si estuviera presente, le prohibiría que calumniara á una mujer que es digna de todos los respetos de usted—gritó Renato fuera de sí.

—¿De todos mis respetos?—contestó Colette, riendo más alto y más nerviosamente aún.—Diga usted, amiguito, ¿por quién me toma usted? Porque tiene un marido para ocultar su infamia y comerse con ella el dinero del viejo, ¿es digna de todos mis respetos? ¿Cree usted todavía en las mujeres del gran mundo? Y en último término, si á usted no le agrada que yo le haya dicho que su amante lo es también de Desforges, vaya us-

ted á pedir satisfacción á Claudio; eso le dará materia para escribir... Ya llegará usted á tener sobre él la misma opinión que yo... ¡De todos mis respetos! Es un poco fuerte esto... ¡Adiós, adiós!... Ahora voy á vestirme de veras... Melania—llamando á la doncella.—Salude usted á Claudio de mi parte.

Y después de la andanada de furor y de ironía, en que se revelaba la parte honda de su naturaleza, empujó á Renato fuera del cuarto, encerróse, y su risa sonó de nuevo, burlona, implacable y argentina; risa en que había un poco de comedia y de odio satisfecho.

XVI

HISTORIA DE UNA SOSPECHA

—¡Qué mujer tan mala, qué mala!—iba pensando Renato al bajar la escalera del teatro, que llenaba con sus gritos el avisador: «¡Se va á empezar!»

Temblaban sus piernas al preguntarse:

—¿Por qué me aborrece?

Y no comprendía que durante un cuarto de hora había representado el papel de Claudio para Colette, y tal vez la alegría que la actriz experimentaba hiriéndole en el corazón proviniera del odio que con frecuencia nos tienen las amantes de nuestros amigos cuando están convencidas de que jamás hemos de hacerlas el amor.

La fidelidad del hombre para el hombre es uno de los sentimientos que más profundamente mortifican á la mujer.

Las frases que cayeron sobre Renato de improviso le aturdieron como golpe asestado brutalmente en la cabeza, y del cual no se repuso hasta la plaza del Palais-Royal, sembrada de coches. Su primer impulso fué de ra-